

J'abandonne Platon, je rejette Epicure.

Bayle en sait plus qu'eux tous ; je vais le consulter :

La balance à la main, Bayle enseigne à douter¹;

Formábase una idea temible y exacta de la filosofía que iba á destruir, derribar y trastornar el estado social, y hay como una lejana profecía en este grito de alarma, lanzado en el umbral del siglo de la Enciclopedia:

Puede compararse la filosofía con esos polvos de tal modo corrosivos que, después de haber consumido la carne muerta de una llaga, atacan la carne viva, carían los huesos y llegan hasta la médula. La filosofía refuta en primer lugar los errores; pero si no se la detiene, ataca las verdades y, cuando se la deja obrar á su capricho, llega tan lejos que no sabe ya dónde se encuentra ni halla sobre qué asentarse.

Su escepticismo es un dogmatismo disfrazado por timidez como ya lo hizo observar José de Maistre:

Bayle, el padre de la incredulidad moderna, no se parece á sus sucesores. En sus extravíos más condenables no se echa de ver gran deseo de persuadir, ni tampoco se nota ese tono de irritación ó de espíritu de partido; niega menos de lo que duda, expone el pro y el contra, y con frecuencia se muestra más elocuente en favor de la buena causa que de la mala.

Pero Bayle no tuvo conciencia de su papel; ni afirmó, ni dedujo conclusiones, ni enseñó. Procedía como Montaigne, pero carecía de su estilo ligero y enérgico. Escogía una opinión, le daba vueltas en todos sentidos, la destruía, acumulaba contra ella las objeciones y las dudas, apoyando sus pruebas con anécdotas alegres y picantes, y metía al lector en una red de incertidumbres, dejándolo abandonado en medio de semejante embrollo.

Si se quiere descubrir su pensamiento hay que buscarlo; pero este trabajo vale la pena, porque una vez que se logra ponerlo en claro, brilla como un fanal en una encrucijada en la historia de las ideas, y lanza los primeros destellos del espíritu nuevo del siglo XVIII.

No acabaremos este capítulo de los moralistas sin evocar, en pos de estos pensadores, una seria figura de mujer que consagró su edad madura á la formación de la juventud y de las inteligencias y que ejerció

1. Abandono á Platón y rechazo á Epicuro;
Bayle á todos supera; le voy á consultar;
Con la balanza en mano, Bayle enseña á dudar.

un influjo considerable sobre la educación de su época y de la siguiente: es ésta, Madama de Maintenón.

Su existencia fué un tejido de las situaciones más contrarias y de los golpes de fortuna más diversos y más extraños.

¿ Conviene censurar el empleo que hizo de su elevada situación, su ingerencia indiscreta en los asuntos de estado, su celo inmoderado por el triunfo de la religión, la sequedad de su corazón y su ambición desmesurada? Preferible es evocar la figura de la joven Francisca d'Aubigné, « bella y seductora, amable, discreta, dulce, fiel á la amistad », dotada de ardiente sensibilidad, que logró dominar tras dolorosas pruebas. Ejerció una acción saludable en cuantos á ella se acercaban; sólo ambicionaba estima é influencia, y llegó á ser, más por conciencia que por interés, la heroína de la más inverosímil novela.

Francisca d'Aubigné era hija de Constante d'Aubigné, hombre de ingenio y noble, y de Juana de Cardilhac.

Tal vez heredó de su madre su recto criterio y su elevado juicio, y de su abuelo, Agripa d'Aubigné, su carácter vigoroso y su energía, mientras que de su padre había sacado un natural alegre, un humor agradable y un gran encanto personal.

Su infancia fué triste. Nació en la prisión en que se hallaba encerrado su padre por haberse visto mezclado en una conspiración contra Richelieu y perseguido por sus acreedores. Su tía paterna, Madama de Villette, conmovida por el abandono en que se hallaba la pobre niña, la recogió y se la llevó al castillo de Nursay.

En 1642, Constante d'Aubigné, puesto en libertad á la muerte de Richelieu, se fué á probar fortuna á la Martinica. Durante la travesía, la pequeña Francisca cayó tan gravemente enferma que la creyeron muerta: ya iban á echarla al mar, cuando Madama d'Aubigné observó que le latía aún el corazón.

Constante d'Aubigné hizo, en América, la misma vida de desarreglo que había hecho en Francia. Su muerte, que sólo acarreó á su familia nuevas cargas, no pareció haber hecho profunda impresión en su hija á pesar del cariño que él le había demostrado. Fácil es explicarse el juicio que la precoz razón de Francisca había formado acerca de su padre, salvo la reserva que le imponía el respeto.

Al regreso, el barco en que volvía la familia d'Aubigné estuvo á punto de ser apresado por unos corsarios y, apenas desembarcó en Francia, la desdichada viuda tuvo que ir á solicitar la caridad á la puerta de un convento de La Rochela. Madama de Villette acudió en su auxilio, dando asilo á la señora d'Aubigné, cuyo hijo mayor, en quien fundaba las más legítimas esperanzas, se ahogó en un estanque. Vencida y quebrantada por tantas pruebas, la señora d'Aubigné se replegó sobre sí misma y ocultó su dolor bajo una máscara de severidad que

tenía algo de dureza; su tiesura casi degeneró en sequedad. Estas impresiones de la infancia, tan vivas y tan duraderas en Francisca d'Aubigné, marcaron su sello indeleble en aquella alma de niña, haciéndole adquirir el hábito de contener y dominar sus emociones.

Madama de Villette fué para ella una segunda madre á la que amó con todo el fuego de su corazón recto, y este cariño no se desmintió jamás ni aun después de la muerte de su bienhechora. Madama de Villette, como buena hija de Agripa d'Aubigné, educó á su sobrina en la religión reformada. Pero la pobre niña no tardó en verse arrancada al cariño de su tía y recogida por una parienta, Madama de Neuillant, que abrigaba el propósito de convertirla. Dicha señora echó mano de vivos reproches, de amenazas y hasta de malos tratamientos; pero nada triunfó de la obstinación de la niña que fué entonces colocada en el convento de ursulinas de Niort. La Superiora, sostenida por la señora d'Aubigné, empleó todos los recursos para triunfar de la desdichada niña, agotada por dos años de lucha. Imagínese la triste situación moral de aquella muchacha de trece años que escribía á su tía: « ¡ Ah! Señora, ¡ qué infierno es esta casa que se llama casa de Dios! La vida es para mí peor que la muerte. » (1648.)

En vista de resistencia tan desesperada por parte de la neófito, cesaron las amenazas y castigos, y se recurrió á su razón y á su corazón. Sólo entonces reconoció Francisca sus errores y abjuró.

Salió del convento y fué á unirse con su madre que murió poco después en Niort, en 1650, en la más profunda miseria.

Su hermano, Carlos d'Aubigné, se hallaba empleado al servicio de señor de Neuillant. Esta casa era el único asilo que se abría ante Francisca, pero, según el testimonio de Tallemant, la señorita de Neuillant « no era mujer capaz de hacerse cargo de tan oneroso patronato ». Condujo á la huérfana á París, para casarla con Scarrón, el poeta burlesco, « desventurado lisiado », condenado á una muerte prematura, y « que no contaba con suficientes rentas para asegurar el porvenir de una mujer ». Francisca tuvo que escoger entre el matrimonio que se le ofrecía y el convento donde Scarrón se comprometía á pagarle la dote. Optó por el matrimonio que se celebró en mayo de 1652. Tenía dieciséis años y medio.

Liriana era alta y esbelta, pero su altura no era de esa que espantan sino que más bien contribuyen al buen parecer de una persona. Tenía la tez muy hermosa y tersa, los cabellos de color castaño claro muy agradable, la nariz muy bien formada, la boca muy regular, el aspecto noble, dulce, agradable y modesto, y, para dar mayor realce, perfección y brillo á su belleza, tenía los más hermosos ojos del mundo. Eran negros, brillantes, dulces, apasionados y llenos de ingenio; brillaba en ellos un no sé qué imposible de expresar; á veces se leía en su mirada una dulce melancolía llena de encanto;

otras dejaban ver cierto aire regocijado que le comunicaba todos los atractivos que da el buen humor, y puede asegurarse sin mentir que Liriana poseía irresistibles encantos.

Tal es el retrato de madama Scarrón por la señorita de Scudéry en su novela de *Clelia*; tal aparece en casa del autor de la *Eneida disfrazada*, punto de cita de los ingenios de la época que no se abstendrían ni de « las conversaciones galantes ni de los atrevimientos de lenguaje ». Madama Scarrón era el encanto de aquella casa. ¿ Por qué milagro de prudencia y de gracia supo mantenerse irreprochable sin mojigatería, siendo estimada y amada de todos hasta el punto de que uno de los familiares del poeta declaraba que hubiera preferido faltar á la reina antes que á madama Scarrón?

El 6 de octubre de 1660 murió Scarrón dejando una herencia tan cargada de deudas que madama Scarrón tuvo que renunciar á la dote de 23.000 libras que su marido le había señalado. Retiróse al convento de Hospitalarias de la Plaza Real. Sus amigas, las señoras de Navailles y de Montausier, le consiguieron una pensión de la reina Ana de Austria. La viuda se retiró entonces á las Ursulinas en cuyo convento había abjurado. Este período de su vida parece haber sido infinitamente tranquilo y agradable: « No sintiendo ambición ni ninguna de esas pasiones que hubieran podido alterar la dicha que disfrutaba en aquel género de vida, no sentía ni pesar ni fastidio », escribía más tarde á las damas de Saint-Cyr.

Tantas miserias y trabajos pasados en su juventud entre un padre despreciable y una madre sin ternura, enseñaron desde muy temprano á Francisca d'Aubigné á dirigir sus acciones. Pero era, según confesión propia, « de natural pronto é impaciente ». Saint-Simón dice que « sólo á fuerza de voluntad podía tener perseverancia en algo ».

Compartía su vida entre el retiro y sus amigos. « No había sacrificio que le pareciese penoso con tal de hacerse útil ó agradable. Se convertía en el alma de la casa, de la que ya era la consejera y el encanto. » Seguía frecuentando sociedad escogida, especialmente las familias de Albret, de Richelieu y de Montchevreuil. Encontró en el hotel de Albret á madama de Montespán con la que trabó amistad y entonces le hizo proponer la favorita el que se encargase de la educación de sus hijos. Sábese que ella declaró que le parecía « algo singular esta especie de honra ». Pero una orden del rey puso fin á sus repugnancias y vacilaciones.

Declara Michelet que « en ningún momento de su existencia ha logrado descubrir á la mujer en madama de Maintenón ». Esto consiste en que no la ha visto en casa de la señorita de Montchevreuil, donde « cuidaba del buen orden doméstico, vestía á los niños en mantillas y llevaba las cuentas ».

Con dulzura y gracia infinita sabía distraer á los ancianos é instalarse á la cabecera de los enfermos. Estos mismos recursos del ingenio y del corazón, los desplegó en su papel de educadora que llenó de un modo maternal.

Su correspondencia nos lo da á conocer. Se la ve activa, vigilante y no falta de ternura con los hijos de Madama de Montespán: « El señor duque del Maine tiene fiebre, el señor conde de Véxin ha tenido un vómito, y la señorita de Mantes acaba de recaer. » Ya tenemos á la señora Scarrón, de pie toda la noche, velando á los enfermos y prodigándoles todos los cuidados más delicados, como verdadera mujer.

Desempeñando este extraño papel de aya de los hijos de madama de Montespán, es como se reveló á Luis XIV. Hallábase éste prevenido en contra de aquella mujer « que necesitaba cosas sublimes y que era tan difícil de contentar ». Pero el cariño que mostraba á los hijos de madama de Montespán le fué reconciliando con ella. ¿Qué magia ejerció sobre el soberano en medio de aquella intimidad? ¿Qué significación profunda tuvieron para él aquella « gloriosa é irreprochable pobreza », y el encanto seductor de aquel espíritu delicado y sutil, de aquella naturaleza dulce y serena?

Y ¿qué secreto estremecimiento debió ella experimentar en aquella comunión de almas después de los esfuerzos heroicos y de las lamentables sumisiones en que temblaban todas las ternuras de un corazón apasionado y contenido?

Habiendo reconocido Luis XIV en 1673 á los hijos de madama de Montespán, su aya fué á vivir con ellos en la Corte.

No tardó en comprar la tierra de Maintenón que le daba derecho á una renta de quince mil libras y, en 1675, tomó el nombre de dicha tierra por orden de Luis XIV.

Entonces estalló entre ella y madama de Montespán, entre Ester y la orgullosa Vasti, una rivalidad que debía terminar con la desgracia de la favorita.

Ésta se mostraba en la lucha tan violenta y orgullosa como paciente la otra. El nuevo sentimiento que había germinado en el corazón del rey se iba apoderando de él.

« Dios ha suscitado á madama de Maintenón para devolverme el corazón del rey », exclamaba la reina. Y, en efecto, aquella no empleaba su influencia sino para atreverse á dar prudentes consejos. El abate Gobelin la sostenía en sus momentos de desfallecimiento, persuadiéndola del papel que la Providencia le destinaba, que era el de apartar al rey de unas relaciones escandalosas. ¿Cómo se hubiera negado su alma á aquel sueño de honor que en nada alteraba la rectitud de su corazón?

Nombrada azafata de la Delfina, madama de Maintenón iba apode-

rándose cada día más de la confianza de la reina. Llegó á ser el alma de la corte á la que comunicaba el prestigio de su gracia soberana sin dejarse embriagar por el brillo de su fortuna y sin abandonar su vida activa y laboriosa.

« Las mejores horas del Rey, dice Michelet (su descanso desde las seis á las diez de la noche), estaban consagradas á madama de Maintenón. Cuatro horas largas de interminables coloquios y, añade, en absoluta intimidad. » El 30 de julio de 1683 arrebató á la reina una enfermedad fulminante. Fué aquel un golpe trágico que iluminó de pronto el destino de madama de Maintenón. ¿Pudo ella presentir el porvenir que se abría ante sus ojos? Sólo nos es dado conjeturarlo, pues sus conversaciones con Luis XIV no tenían testigo alguno y su correspondencia ha sido destruida. Madama de Caylus cuenta que Madama de Maintenón buscaba la soledad para entregarse al llanto. ¡Lágrimas inexplicables si ella misma hubiera preparado su elevación y sentido la grandeza de su destino! Más derecho tenemos á suponer que los sucesos la sorprendieron y turbaron.

En el siglo XVIII, su correspondencia fué disfrazada y mutilada por un editor, La Baumelle, que hizo de sus cartas « materiales de novela » agregando y quitando todo lo que juzgaba á propósito para el éxito de su edición. Fiando en la autoridad de La Baumelle y en las memorias del cura Hébert, Michelet ha denunciado la intimidad escandalosa del soberano y de madama de Maintenón, bajo pretexto de « que jamás supo contenerse el rey... y de que se había hecho más glotón y bebía vino puro ». Conjetura que el matrimonio debió celebrarse al día siguiente de la Revocación del Edicto de Nantes (1685). « Siniestro matrimonio. En noviembre, á la entrada de aquel invierno terrible, en que tuvieron lugar tantos suplicios y fugas, se realizó de noche en Versailles, en medio del mayor misterio. » En realidad, el matrimonio se celebró hacia fines de 1684 y jamás llegó á publicarse.

Durante treinta años, madama de Maintenón disfrutó todo el prestigio de una reina. ¿Qué uso hizo de su autoridad?

Á partir de aquel momento tuvo parte en el gobierno, pero intervino mucho menos de lo que se cree en la revocación del Edicto de Nantes, acerca del cual escribe:

Son muy injustos en atribuirme esas desgracias. Siento en el alma las vejaciones que se han cometido pero, por poco que abriese la boca para lamentarme, mis enemigos me acusaban aún de ser protestante.

No es posible tachar de hipocresía sus palabras. No pensó de distinto modo que Bossuet, Massillon, Racine, La Bruyère, La Fontaine, la señorita de Scudéry, el gran Arnaud, Bussy y madama de Sévigné, que decía de la Revocación:

No hay nada más hermoso y no ha habido ni habrá rey que lleve á cabo acción más memorable.

Veinte años más tarde, Port-Royal estaba destruido y los sepulcros de los Solitarios se veían violados, mientras que se hacía la más rígorosa guerra á los quietistas.

En 1707, Vaubán, al pedir el restablecimiento del Edicto de Nantes, vió su obra condenada á la vergüenza pública.

Desde 1690 se imprimieron en Holanda quince Memorias bajo el título de los *Suspiros de la Francia esclava*. La intolerancia era general y sólo algunas voces protestaron contra las violencias que preparaban para lo porvenir « trágicas expiaciones ». Por lo que hace á madama de Maintenón, es posible que « sus simpatías y antipatías de mujer y de devota tuvieran algún peso en las decisiones del rey al nombrar sus ministros y generales ». Luis XIV no estaba ya en la edad en que se dice : « El Estado soy yo. »

Madama de Maintenón, al pedir dinero para sus pobres, había obtenido esta dura respuesta : « Un rey hace limosna gastando mucho. » Pero tenía más crédito en el gobierno, y su influencia se hacía sentir principalmente en la vida privada del príncipe.

Reformó la vida de un hombre cuyas pasiones habían sido divinizadas; logró arrancar de su vejez licenciosa á un monarca que, según Leibnitz, dirigía por sí solo el destino de su siglo.

En los años de duelo y de reveses, le ayudó á buscar refugio en el mejoramiento de su alma. Si fué grande en el infortunio y si sus últimas palabras fueron dignas de un sabio, tuvo mucha parte en ello madama de Maintenón.

El más hermoso título de esta mujer para la posteridad, consiste en haber sido una educadora de primer orden y en haber fundado « su querida casa de Saint-Cyr, que fué la primera obra de su elevada fortuna ».

El recuerdo doloroso de sus luchas y de sus miserias le inspiraron el deseo de evitar á otras lo que tanto le había hecho sufrir.

Una religiosa ursulina, madama de Brinón, había tenido que abandonar el convento que dirigía en Ruán por falta de recursos. Madama de Maintenón le procuró algunas educandas : tales fueron los modestos orígenes de Saint-Cyr.

En 1682, había ya reunidas en Rueil cincuenta alumnas, pertenecientes á la burguesía y á la pequeña nobleza. Madama de Maintenón no tardó en agregar á este número unas cincuenta niñas pobres recogidas en su tierra de Maintenón. Era un anejo que constituía una especie de escuela profesional, porque se trataba de procurar á aquellas niñas

un oficio que pudiese asegurarles medios de existencia¹. El rey, sorprendido por el éxito de la escuela de Rueil, no tardó en prometer que costearía la educación de cien niñas.

— Hagamos, decía madama de Maintenón, una casa que sea el modelo de las demás, no para conquistar alabanzas, sino para que nos inspire el deseo de multiplicarlas.

Al fin, en 1685, Mansard recibió el encargo de edificar la casa destinada á recibir doscientas cincuenta señoritas, « las cuales debían ser educadas y mantenidas hasta los veinte años, recibiendo después una dote ya para establecerse, ya para entrar en un convento ».

El 2 de agosto de 1686, se trasladó la comunidad de Noisy á su nuevo domicilio : la escuela de Saint-Cyr estaba fundada.

« Jamás había tomado á su cargo ninguna reina de Francia semejante empresa », objetaba al rey Louvois, asustado por los gastos. Pero el rey sostuvo el proyecto de madama de Maintenón porque respondía á sus preocupaciones personales. Acababa de fundar el hotel de los Inválidos para los oficiales heridos y ancianos, y de crear las compañías de cadetes para los jóvenes de la nobleza. Procuraba de esta suerte realzar el prestigio de la nobleza diezmada y arruinada.

Y madama de Maintenón, « asociando su amor á su rebaño á su amor á Francia, dejaba escapar casi un grito de reina, un grito de francesa ».

No es posible visitar hoy día, sin cierta emoción, aquellos edificios que fueron la escuela fundada por madama de Maintenón y que ocupa actualmente la escuela especial militar. Se llega á ellos desde Versalles á través del parque y de una serie de colinas cubiertas de bosques que hacen, de aquel rincón de tierra, uno de los más agradables de los alrededores de París.

Todo ha cambiado en Saint-Cyr : á los uniformes de las coquetas educandas, han sucedido los uniformes militares; los depósitos de artillería y de utensilios militares han ocupado el puesto destinado en otro tiempo á almacén de ropa blanca y de vestidos; las caballerizas de madama de Maintenón dan ahora abrigo á los caballos de los alumnos que hacen ejercicios de alta escuela en el picadero y que maniobran en el bosque de Arcy; el capellán monseñor Lanusse² ha reemplazado al señor obispo de Chartres; bajo la espesa arboleda, la amenazadora estatua de Kleber muestra con el dedo la senda del deber á los alumnos de pantalón rojo y, si las sombras de las que representaron á Ester en presencia del gran rey volviesen á recorrer el teatro de sus lejanos ensueños, seguramente retrocederían asustadas.

El vestíbulo en que tuvo lugar la famosa representación de Ester, en

1. Según dejamos ya indicado, esta misma idea había sido ya propuesta por el insigne Luis Vives en su libro *La Beneficencia pública*. (N. del T.)

2. Muerto hace poco. (N. del T.)

el segundo piso, se halla rodeado de puertas que dan á los dormitorios y á las salas de clase. La animación de aquellas niñas, á la que madama de Maintenón llamaba con frase muy feliz, « ese chisporroteo de juventud », aquel gorjeo de muchachitas locas ha cedido el puesto á los cantos de cuartel y á una fraseología inaccesible para los profanos.

Hay en una de las galerías de Saint-Cyr dos grandes planos, pintados sobre tabla, colocados uno en frente de otro: el plano de Saint-Cyr en 1686, trazado por el señor Delorme y el plano de la escuela actual.

Es curioso el contraste que ofrecen. Los edificios son los mismos pero ¡ qué cambio en su destino !

Y sin embargo es tal vez más aparente que real. Cuando se leen en las paredes y en las enormes vigas las hermosas y altivas divisas de la escuela: « Respeto á los Maestros ! ; Gloria á Dios ! ; Están aprendiendo á vencer ! » piensa uno que madama de Maintenón no las hubiera repudiado para sus discípulas, de las que ante todo quería hacer mujeres fuertes, madres virtuosas, capaces de criar hijos valientes y de contribuir con su carácter y sus costumbres á la prosperidad y al brillo de Francia. En este punto no han cambiado ni el fin ni el destino de la escuela de Saint-Cyr y, como en otro tiempo, se sigue trabajando en ella por la grandeza y el honor de la patria.

Parece como que se cierne sobre aquellos edificios que dan hoy abrigo al primer batallón de Francia, la noble alma de su fundadora. Su pensamiento se ha incrustado en aquellas piedras y emana é irradia de aquellas techumbres que ella vió poner y de aquel escudo que ella dibujó tal vez, donde la leyenda *Casa Real de San Luis* sirve de marco á las lises de Francia en el fondo del patio Luis XIV.

Sobre todo parecen encontrarla más que en ninguna parte en la capilla, donde la evoca la imaginación en medio del gran silencio y del recogimiento de la estrecha y profunda nave. Las puertas y las pilastras pertenecen al más puro estilo antiguo; numerosos cuadros de los maestros del siglo xvii referían á las hijas de san Luis la vida de su glorioso patrono; sobre blancas columnas descansan las estatuas de la Fuerza, de la Justicia y de los Apóstoles; por las altas ventanas cae sobre las banquetas de madera y sobre el altar vestido de muselina una luz clara y cruda; en medio de la calle central hay una simple lápida que indica el sitio en que descansó madama de Maintenón desde 1719 á 1794, hasta el día en que la Revolución profanó sus restos que fueron recogidos en seguida y colocados en el cenotafio de mármol negro que se yergue frente á la entrada.

La ilustre fundadora no ha sido desposeída de aquel santuario; allí está siempre en su casa y su recuerdo llena aquella bóveda bajo la cual, como por un sortilegio, creemos ver avanzar de pronto en filas

silenciosas, á las antiguas educandas de obscuro vestido y blanca cofia con el devocionario en las manos.

Allí están todas: las rojas, las verdes, las amarillas, las azules, las monitoras, las damas agustinas; á los sonidos del órgano y de los coros que cantan en el ambón, ocupan su sitio y se arrodillan, y las frentes se inclinan con respeto mientras madama de Maintenón sola, vestida de negro, con la cabeza erguida bajo la blanca toca, se dirige á su sillón desde donde se dispone á oír, en compañía de sus discípulas, el sermón de monseñor Fenelón.

Parece que revive, en una especie de resurrección, tal como la pintan los contemporáneos:

— Apareció sin cortejo alguno, vestida de damasco liso de color de hoja seca, con tocado sencillo, y sin más adorno que una cruz formada por cuatro diamantes, que llevaba pendiente del cuello, y que es el único objeto á que se ha dado su nombre.

En medio de esta decoración, la de su vida y de su muerte, — vuelve á ver el espíritu á la gloriosa fundadora de Saint-Cyr; diríase que sigue residiendo siempre en la silenciosa capilla y que los domingos es ella la que recibe al primer batallón de Francia, á la juventud y esperanza de las próximas victorias, á los futuros oficiales cuyos nombres adornarán los cuadros colgados bajo la heroica divisa: ¡ Muertos en el campo de batalla !

No podía darse cuadro más á propósito para una casa de educación. El país era pintoresco, sano y poético; en Versalles estaba madama de Maintenón muy cerca de sus niñas, hasta que al fin fué á vivir entre ellas; el sitio tiene cierto encanto y aun hoy día causa placer visitar aquel retirado rincón en que sirven de marco á los campos de maniobras y dan sombra á los patios, bosquecillos, setos, parterres, y alegres jardinillos. Las señoritas de Saint-Cyr no tenían necesidad de salidas ni de vacaciones, pues en ninguna parte hubieran podido hallar sitio más encantador ni residencia más romántica.

Entremos en el real pensionado.

En los edificios erigidos por Mansard, se albergaron doscientas cincuenta doncellas, hijas de nobles, pobres ó militares.

La educación era á la vez mundana y religiosa; pero Saint-Cyr, en el siglo xviii había de diferir mucho de lo que fué en el siglo anterior. En la época de la señorita de Scudéry y de la señora de Brinón, madama de Maintenón estuvo á punto de preparar candidatas para la Cámara Azul; la instrucción era demasiado ambiciosa y la educación demasiado aristocrática y preciosa. Las representaciones de *Andrómaca*, de *Ester* y de *Atalia* habían puesto en ebullición los cerebros y desencadenado los gérmenes de orgullo de « aquellas pobres señoritas », que se veían momentáneamente elevadas muy por encima de su verdadera condi-

ción. Ésta se negaba á cantar en la iglesia para no echar á perder su voz y reservarla para las representaciones regias; la de más allá, juzgándose indispensable en el papel que había desempeñado con mucho éxito, se rebelaba y se negaba á obedecer; y madama de Maintenón le declara terminantemente: ¿Acaso os creéis necesaria por que tenéis buena voz, y os figuráis que me conocéis, al suponer que la representación de *Atalia* pesará más que los reglamentos que deseamos establecer en Saint-Cyr?

Echó de ver el mal y puso remedio á él con la energía que le caracterizaba. Afligiase al ver á aquellas jóvenes « más orgullosas y altivas que las más elevadas princesas », y al hallarlas « razonadoras, presumidas, curiosas y atrevidas ». De aquí deducía: « Acudamos al remedio, porque no hay que desalentarse. » El remedio consistió en orientar los programas de la casa hacia la humildad, hacia la educación práctica, preparatoria para todos los quehaceres domésticos.

La casa fué confiada, en 1707, á las religiosas de San Agustín.

Las educandas se hallaban divididas en cuatro clases que se distinguían por el color de la cinta que adornaba su vestido negro: las rojas, las verdes, las amarillas y las azules.

Las rojas tenían de siete á diez años.

Las verdes, de once á trece.

Las amarillas de catorce á dieciséis.

Las azules de diecisiete á veinte.

Escogíanse cinco amarillas y cinco azules para servir de monitoras entre las rojas y las verdes, y llevaban, como distintivo, una cinta de color de fuego.

Había otras veinte alumnas escogidas, que llevaban como insignia una cinta negra; se las llamaba las negras y tenían el gran honor de ser como segundas maestras ó pasantas.

En cada clase, se formaban grupos de diez que se llamaban familias. Cada familia tenía su madre de familia que era la mejor discípula del grupo.

Las monitoras dirigían alternativamente la cocina, el corral, y la farmacia, en la que todos los remedios eran preparados por manos de las religiosas, que les enseñaban, al mismo tiempo que un poco de química, la composición y preparación de las drogas, las recetas y las precauciones que había que tomar; como por ejemplo, que el ruibarbo pierde su virtud curativa con el tiempo; que el castóreo es un veneno en ciertos casos; que la sal de tártaro es un veneno, mientras que el crémor tártaro es un purgante.

Cada clase tenía cuatro maestras, las cuales se hallaban bajo la inspección de una maestra general.

¿Qué enseñaban á las discípulas? La religión, la lectura, la escritura,

el cálculo, la gramática, la lengua francesa, la historia, la geografía, la mitología, la música, el dibujo, el baile, los trabajos manuales y las labores domésticas.

Desde que la fundadora se arrepintió de su primer proyecto y empezó á sentir temores, la educación se hizo esencialmente práctica. Hizo preparar á aquellas señoritas pobres para el género de vida que les esperaba. Las educó en todo lo relativo á la economía doméstica; las inició en la vida y se la pintó de antemano con colores tan sombríos que, al entrar en ella, no debían experimentar ni ilusión ni decepciones.

Levantábanse á las seis de la mañana y se acostaban á las nueve. Se lavaban con agua fría y se las obligaba á comer de todo: « Si no comen, tanto peor para ellas. » No bebían vino. Como hay apetitos robustos, conviene darles buenas raciones. Comen pan blanco, cuando lo hay. Si está demasiado caro, se come pan bazo. Se sientan en bancos sin espaldar y duermen en camas no muy blandas; se las obliga á hacer ejercicio y á moverse: es preciso peinar y vestir á las pequeñas ayudarse mutuamente á hacerse las trenzas y ajustarse los corpiños, hacer las camas, barrer, limpiar la enfermería, y trabajar en la ropa blanca y en el refectorio; las más pequeñas pueden también hacerse útiles, recogiendo flores para las tisanas y también la fruta, y preparando las legumbres.

En las camas, nada de colgaduras de lana ó seda, ni colchones de pluma; en la cocina nada de cacerolas de cobre.

Ellas mismas hacen sus vestidos y su ropa blanca, excepto los corpiños con ballenas y los zapatos. No ignoran ninguno de los cuidados materiales de la casa, y la firme voluntad de madama de Maintenón las obliga á inclinarse sin excepción bajo la regla absoluta.

Las resistencias son combatidas y destruidas de un modo firme, como puede verse por la siguiente amonestación dirigida á una « amarilla » recalcitrante:

— No puedo comprender lo que acaba de hacer una de vosotras. La envían á barrer, y porque le indican lo que debe hacer, se da por resentida y dice: « Una criada no debe mandarme... » ¿ Puede darse mayor insolencia? ¿ Cómo! ¿ os resentís porque os dicen: « Barreréis ó haréis esto ó lo otro? ». Pues si á mi me enviasen á ayudar á una sirvienta, lo primero que haría sería preguntarle lo que tenía que hacer, pues seguramente no sabría por dónde empezar. Es preciso que vuestra cabeza no esté sana. ¿ Á dónde iríamos á parar si fuese una afrenta al aprender de los que están por debajo de nosotros? Eso se hace todos los días y nadie cree rebajarse por ello.

Se dice á otra que lleve leña y que barra, y ella responde que no es una criada.

— Seguramente no lo sois, pero deseo que al salir de aquí halléis